



Rubén Darío

Salomón de la Selva

El cantor de Bolívar

Edelberto Torres

Algo logran reunirlo los amigos y con eso toma pasaje en Corinto para el puerto de La Libertad de El Salvador.

Temprano, del mes de agosto de 1862 pone pie en la tierra hermana, e inmediatamente va a la oficina de telégrafos para enviar un mensaje al poeta Joaquín Méndez. Ya han cultivado amistad por correspondencia, y a la sazón Méndez es secretario privado del Presidente Rafael Zaldívar. Recibe el telegrama estando a la mesa en un banquete al que asiste el Presidente. Allí mismo le muestra el mensaje de Rubén, y Zaldívar le ordena atenderlo con toda amplitud.

El secretario le contesta dándole la bienvenida, lo invita a que pase a la capital donde el presidente tendrá gusto de recibirlo.

El doctor Rafael Zaldívar, Presidente de El Salvador, es un diplomático exquisito, político astuto, que logra mantenerse en la Presidencia con el apoyo del general Justo Rufino Barrios, Presidente de Guatemala y caluroso partidario de la unión nacional, lado que explota aquél haciéndole sentir su simpatía por la magna causa. Pero Zaldívar en el fondo es separatista y ha de traicionar su palabra empeñada en cooperar al restablecimiento de la Federación. Rubén dirá de él que era "tiránico para unos, bienhechor para otros, y a quien, habiendo sido mi benefactor y no siendo yo juez de historia, en este mundo, no debo sino alabanzas y agradecimientos."

Se hospeda en el mejor hotel, el de un cantante italiano, Egisto Petrilli, en donde puede degustar, con apetito de buen gourmet, ricos platos italianos, magníficos vinos y rubio champaña.

Introducido por Méndez, el Presidente lo recibe con expresiones afectuosas, celebra sus versos, le ofrece su protección y le pregunta qué desea:

-Quiero tener una buena posición social, señor.

-Eso depende de usted.

Esta sincera contestación revela la atracción que ejerce el alto mundo social en él con su elegancia, sus convenciones y jerarquías. Ya su sensibilidad se acusa débil por las cosas olientes a aristocracia.

Instalado en el hotel se halla cuando se le avisa que el director de Policía lo busca en nombre del Dr. Zaldívar:

-Vengo de orden del señor Presidente a entregarle esto.

Y pone en sus manos un fajó de quinientos pesos plata. Rubén se siente como en un paraíso ar-

tificial bajo la acción de una droga mágica. No todo ha de ser decepciones en la vida, y si por las musas ha tenido desengaños en Nicaragua, por las musas goza en El Salvador de esta auforia que hace latir su corazón con presura y convierte en una hornalla volcánica su imaginación. Aprende que es en tierra ajena donde se puede ser profeta, aunque El Salvador no lo es por razones históricas obvias. Ya podrá trocar su pretérita "indumentaria" por un traje a la derniere, hacer que un figaro le monde y peine y unte de oliente grasa su caballera, que hermosas cortesanas decoran su mesa a la hora de los espumantes moscatos y que los poetas jóvenes que lleguen a saludarlo como camaradas en el dulce oficio de cantar, sean sus invitados. Pensar todo eso y ponerlo en acción ha durado un santiamén, de tal manera que los quinientos duros se agotan como un vaso de agua bebido con sed.

Por razones que tienen que ver con la formación histórica de los pueblos hispanoamericanos, muchos fenómenos políticos y culturales se producen simultáneamente en ellos. Esta es la época de la fundación de academias y ateneos, y en El Salvador desde 1870 existe una asociación vigilante de la pureza idiomática, que en 1873 fue reconocida por la veneranda de Madrid. Cuando Rubén llega, las letras tienen hogar amplio en la Sociedad Científico Literaria "La Juventud", creada en 1881. Por varios años, viejos y jóvenes conviven en la revista "La Juventud", aquellos ilustrando al público con artículos serios sobre diversas ciencias, que firman Santiago I. Barberena, Darío González, David J. Guzmán, Ireneo Chacón, y éstos que queman sus bengalas todavía románticas como discípulos del trovador español Fernando Velarde, quien por varios años plantó su tienda en San Salvador donde hizo escuela como poeta y fundó un centro escolar como docente. En efecto, cuando Rubén otea el ambiente intelectual advierte la huella de Velarde en los jóvenes; sólo Francisco Gavidia se ha mantenido indemne al contagio pandémico del romanticismo exacerbado del español. Rubén reconoce que Gavidia es también a la vez que el mejor dotado poéticamente, al más serio, estudioso, y por esto el poseedor de un capital de cultura mayor. No ha podido menos que complacerlo la condición autodidáctica que es tangente de la suya, pues Gavidia, aunque pisó el suelo universitario en un intento de ha-

cerse abogado, luego volvió por el camino de su vocación al reclamo de la Poesía.

Varias composiciones de Darío han sido reproducidas antes de su llegada, y una de ellas, la oda "A Víctor Hugo" fue presentada por Román Mayorga Rivas con elogios que despertaron admiración por el autor. Dijo Mayorga Rivas: "A más de un lector le parecerá increíble, que el autor de esta oda sea un niño que aún no ha cumplido quince años de edad. Rubén Darío es la esperanza más risueña del Parnaso nicaragüense, y a su edad, pocos, muy pocos en Centro América han alcanzado un éxito tan brillante en el altar del arte. Sus ensayos poéticos revelan el gran numen que le inspira, y reúne a una inteligencia clara, un sentimentalismo delicado..."

En ir y venir con amigos literarios y paisanos pasan las primeras semanas; para el 15 de septiembre, día nacional de Centroamérica, se prepara una gran velada lírico-literaria, y para tomar parte en ella de una manera original, Román Mayorga Rivas y Rubén, se proponen escribir un diálogo en verso para leerlo entonces. Los directivos de la Sociedad "La Juventud" que organizan el homenaje a la patria, acogen con entusiasmo la idea; ellos saben que hay cierta curiosidad pública por conocer al poeta de quince años de edad, y dentro de pocos días van a satisfacer esa curiosidad al oírlo departir en verso con su conterráneo leonés de veintiuno. Eligen el tema favorito de su edad: el amor. Rubén exalta el amor campesino y Román el ciudadano; los maestros Juan Aberle y Rafael Olmedo ponen un fondo musical de melopeya al recitado, que aumenta agradablemente el efecto acústico. Empieza:

-Rubén: Román, nuestros corazones

ven de amor distintos

lampos.

-Roman: Sí, tú el amor de los campos,

Yo el amor de los salones.

Si es cierto que en el retiro de alguna selva callada goza el alma enamorada en exhalar un suspiro;

pero en medio de la fiesta y al compás de alegre danza se ve brillar la esperanza en una noche como ésta.

Aunque es un juego de rimas, cada poeta procura agotar el elogio del amor, el vivido en

la fronda, el uno, y el sentido en la ciudad, el otro, y por eso el parlamento se prolonga más en cada turno. Rubén no tiene que coaccionar a su musa, que está lista como un grifo para verter chorros de versos al instarla; no está en la misma situación Mayorga Rivas, pero sus redondillas surgen naturales, correctas y con la vibrante sonoridad de los octosílabos consonantes. Tiene el gentil cuidado de hacer una cortesía a los músicos acompañantes que oyen sus nombres en una sextilla dedicada a ellos:

La guitarra castellana,
el son de la guzla mora
y la cuerda vibradora
del dulce Aberle y de Olmedo,
traducen en ritmo ledo
de amor la voz seductora.

Cuando los poetas consideran que con lo escrito es bastante para divertir al auditorio, cierran su canto al alimón en esta forma:

-Román: Amor de salón, luccientes fulgores del medio día.

-Rubén: Dos rayos que Dios envía de su fulgente diadema.

-Román: Guíalos fuerza suprema y en la mundana penumbra.

-Rubén: El uno apacible alumbraba y el otro radiante quema.

Rubén colabora en revistas y periódicos, su pluma es solicitada para álbumes y abanicos, y emprende la hazaña intelectual de narrar en verso la evolución de la poesía castellana, siguiendo el ritmo de la evolución del vocabulario y de la forma.

Ya lo hemos visto en Nicaragua pergeñando estrofas -"En la última página de EL ROMANCERO DEL CID" y "El Centenario de Calderón", una décima allá y un soneto aquí- en castellano antañón; pero esta revista que pasa al desarrollo del castellano en su poesía desde el siglo XII al XIX, adoptando la morfología de las palabras, las formas sintácticas y métricas, es un suceso sobresaliente en la vida del autor. Acaba de poner en evidencia lo que ya hemos advertido en León, su cualidad más relevante, que es su flexibilidad mental y que ahora se muestra pasmosa.